

**RECUERDOS CON HISTORIA, 103****UN SABLE FERNANDINO DE CABALLERÍA,  
adquisición individual de oficial**

Permítasenos colocar este adjetivo de “fernandino” al referirnos a un sable para oficial de caballería de la época del absolutista Fernando VII.

No es para menos. Se trata de un ejemplar de una muy rara familia que, seguramente, desapareció con el reinado y quedó para los anales de la Historia menuda. Esa es la que rescatamos hoy, con todo sigilo, tal vez admirados de que se conserven miembros de esta progenie en muy buen estado de presentación y predispuestos para ser examinados con detalle.

Nos hemos de situar dos siglos atrás. Casi nada. Un reto para el estudioso y una bendición para el coleccionista que “pille” uno de esos objetos.

Nuestro amigo Juan L. Calvo ya escribió sobre estos sables en sus excelentes artículos sobre las “Armas bancas reglamentarias españolas” o en su libro “Armamento español en la Guerra de Independencia”. Hoy, nuestro compromiso es abundar un poco en el tema y dar a conocer un ejemplar significativo que merece toda la atención.

Como verá el lector en las imágenes, se trata de un sable con guarnición de hierro, dos gavilanes, aro en arco, monterilla larga y, a nuestro juicio, belleza geométrica global como valor añadido. Tampoco falta el puño en madera de ébano, torzal de latón con 17 espiras y guías para la vaina. En cuanto a la hoja, de 83 cm, la vemos de arquitectura muy estudiada, con filo a todo lo largo del exterior, ligerísimo vaceo, lomo plano y corto contrafilo en la pala. Flecha de sólo 3'5 cm lo que permitía empleo de corte y punta. Es decir, entre un primor funcional y una barbaridad perturbadora.

Cuando el maestro forjador tuvo lista esta lindeza de hoja va y la pasa al operario que debía colocar las marcas. El operario agarró sus bártulos y, con sabiduría y claridad, marcó lo que era preceptivo: manufactura, ciudad y fecha, prácticamente en perfectas letras capitales. Excelente.

Y ya tenemos a nuestro oficial de caballería, que presumimos con posibles económicos y buen gusto, dirigirse a las mismísimas oficinas de la Real Fábrica de Toledo a preguntar:

-“Buenos días. Soy Edelmiro de Gonzalvo-Lanzas y Reverón, capitán de ligeros. ¿Ya está listo mi encargo?”

-“Sí, señor capitán, ahora mismo se lo traemos. No es muy normal que la oficialidad venga personalmente hasta aquí”

-“Me lo imagino. Es que andamos de maniobras con el Regimiento bastante cerca y, con permiso del comandante, me he ausentado unos momentos del vivac”

- “Ahí está su pedido. ¿Majo eh? Piense que el maestro forjador de la guarnición no ha regateado ni una gota de sudor. Y los pulidores menos. ¡Fíjese, fíjese lo que reluce! ¿Y qué me dice de esa monterilla trabajada a tres canales en vertical? ¿Y la unión, casi mágica, de los dos gavilanes en el plano de la guarda con esas airoosas volutas? Note, caballero, que las guías de la vaina no suben hacia el puño pues éste está muy bien encajado y ni cuando entren los Cien Mil Hijos de San Luís se le moverá a usted en absoluto aunque se líe a sablazos con el mismísimo Duque de Angulema. Para agradecer el conjunto decidimos no elevar demasiado los gavilanes para que usted pueda llevar gruesos guantes facilitando el agarre del arma. Ande, coja el sable y sopéselo”

-“Sí, ya veo. ¡Caray, qué maestría! ¡Han colocado el centro de equilibrio en el lugar adecuado y es ligero! Casi no se nota el peso, pero se nota la profesionalidad”

-“¡Naturalmente! Ligero y con garantía para todo el Trienio Liberal que, justamente, comienza hoy”

-“¿Cómo? ¿Qué? ¡Ah! sí, sí, es un magnífico trabajo. ¿Cuánto me costará?”

-“Pues... algunos reales de vellón más del presupuesto acordado; pero piense usted lo que lucirá, señor capitán, ante sus compañeros de escuadrón. ¡Incluso será la envidia de su coronel!”

-“Gracias, me lo llevo puesto. Ahí tiene. ”

-“Perfecto señor militar. Ahora le doy el cambio. Y recuerde que en el futuro, allá por el siglo XXI, de usted, individualmente, milite donde milite e intente imponer a sablazos, si desgraciadamente lo hace, la ideología que fuere, seguramente no se acordará nadie; pero si el sable es bien cuidado y se conserva, de él sí se acordarán. El

sable les hablará de su trayectoria como arma, de sus glorias e infortunios, de sus astucias y sus torpezas; él les descubrirá, en parte, cómo fue nuestra sociedad del presente y servirá para que, dentro de diez generaciones, se forjen una idea de estos convulsos tiempos y ensayen un modo, si cabe, de interpretación histórica de la Historia.

Y el joven capitán, un tanto confuso por el impensado discurso, tomó su nuevo sable, se lo colgó del biricú y se fue más contento que una ardilla con una nuez. Con la llegada de otras modas y la extensión en el uso del latón para la guarda (aleación no oxidable a poco que se cuidara) los sables con empuñadura de hierro pasaron a mejor vida. ¿Participaría el espécimen aquí presentado en los combates del Trocadero de 1823? ¿O en las dos primeras carlistas? No lo creemos. Su buen estado de conservación así lo indica. Tampoco, por supuesto, los escasos ejemplares de esta familia que han subsistido. En cuanto al resto de sables de este “tipo”, que suponemos relativamente numerosos, aunque desaparecidos, probablemente sí. Por eso no resistieron ni el paso ni el peso de los siglos.

Los estudiosos de hoy saben que los últimos doscientos años de vida en nuestro país han sido bastante más que un simple vendaval. Pretérito imperfecto que hay que traducir y contextualizar aprovechando los instrumentos físicos y tangibles de nuestro pasado cuando, con un golpe de suerte, damos con ellos.

Eso hemos intentado hacer.

**Vicente Navarro Serra**  
**Noviembre, 2016**



**Marca perfecta en la hoja. La Historia y la Arqueología lo agradecen de veras.**



**Vista frontal de la guarda. A destacar la armonía y proporcionalidad del conjunto.**



En la otra cara de la hoja la fecha. A notar cómo, desde hace siglos, los humanos tenemos tendencia de escribir el cero más pequeño que el resto de las cifras. Muy significativo.



Vista en escorzo de un guarda bien singular y bien parecida.



Monterilla a tres canales de belleza contundente.



El sable estudiado junto a otros congéneres suyos. A destacar los elementos comunes: guardas en hierro, aro (a veces en estribo) y dos gavilanes; galluelos con el mismo diseño; guías de vaina y monterillas completas hasta la virola. Esa convergencia de criterios desapareció engullida por las nuevas pautas que fueron apareciendo en las décadas de 1830/40.



Casi nunca, en la vida, la dicha es completa. Mostramos un sable de oficial francés para la “Gendarmerie Nationale”, de la época revolucionaria, con el mismo diseño de monterilla acanalada. Queda clarísimo que la idea estuvo vigente allende y aquende los Pirineos. Con ello, casi podríamos deducir que en la Real Fábrica toledana tenían explícita noticia de las influyentes modas galas anteriores al imperio napoleónico.